

Reseñas

par Moisés Gómez resume en un verso extremadamente condensado: “Somos cada vez más un poco menos”.

Al poeta le gusta el correlato de otros elementos para dar cuenta del despojo que causa la edad -el viento helado- sobre el hombre -el chopo deshojado-. El árbol se convierte en una imagen de fuerte presencia como correlato del ser humano. El árbol sujeto al paso de las estaciones, amenazado por otoños e inviernos, azotado por el viento, acechado por la muerte. El árbol florido, bello, pero cuyas hojas acaban ennegreciendo el suelo. El árbol seco, inútil ya, “sombra tan sin sombra”, como imagen desolada desde la que angustiosamente se suplica: “Que no me absorba aquello imprevisible / en una succión tan cruel como inútil”. La angustia podría deshacerla la fe. Pero Dios, la palabra “Dios”, nombra una ausencia. De ahí la turbación interior. Dios aparece como un vislumbre entre las sombras del vivir. Y el hombre -el poeta- tiende los ojos hacia ese claror repentino y fugaz por ver si atisba una presencia o una certeza imposible, porque no está en la condición humana la certeza absoluta. La realidad exterior sirve como correlato del yo, como imagen o como signo de algo encubierto que la poesía tal vez desvele; en este sentido, la poesía, como para los demás miembros de su generación, es conocimiento porque es arma para descubrir el mundo que no ven los ojos: el alma, como le gusta decir al poeta.

José Enrique Martínez Fernández

Antonio Gamoneda, *Cecilia*, Lanzarote (Fundación César Marique) 2004. 75pp.

Cecilia (2000-2004) es el último libro de poemas de Antonio Gamoneda y como tal fue incluido en la recopilación de su poesía titulada *Esta luz. Poesía reunida (1947-2004)* que el Círculo de Lectores publicó en hermosa edición de casi setecientas páginas en el pasado año 2004.

La cita de Lezama Lima que introduce el libro *Cecilia* (“La luz es el primer animal visible de lo invisible”) incluye dos términos nucleares del poemario: “luz” e “invisible”. Los dos tienen connotaciones positivas, como las mantiene el libro visto como totalidad. Y es que es un libro que, en su brevedad, incluye una nueva tonalidad en la obra sombría de Gamoneda, debido a que es un texto de celebración de un tú que responde al nombre de Cecilia, nieta única del autor, capaz de abrir espacios de “luz” en el ánimo más bien abatido que rezumaban los poemarios anteriores del escritor. Y en esa luz está lo “invisible” también, lo que no existe, pero puede existir si la niña lo nombra (“En tus labios se forman palabras desconocidas / y lo invisible gira en torno a ti suavemente”), también lo presentido confuso y hasta el existir imperceptible del yo en la memoria del tú.

El sujeto -lo nombraré como “el poeta”- asiste conmovido al despertar de una vida que puja por ser. Contempla y siente y se conmueve. Contemplar es la palabra, porque desde ese ver encandilado brotan emociones contenidas, cuando no explícitas (“y yo te amo desde lejos”). En ese momento de contemplación, el poeta abandona la lucidez habitual (la que ha habitado en sus palabras) para sumirse en el hecho mismo del existir, en esa “locura” benéfica que el tú (niña, Cecilia) ha aportado y, con ella, la vivencia de nuevas ex-

periencias: “todo es visión, todo está libre de sentido”. Esa contemplación, ese ver, supone cierta identificación (o deseo de identificación) con el ser contemplado, que proyecta su luz sobre el que habla, sobre el que mira (“Fluye tu llanto en mis venas”) y disemina efectos salvadores: “Tú eres la enfermedad y tú me salvas”).

La palabra clave es “luz”. La luz, la claridad, pertenece a ese tú que es la Cecilia del título, capaz de proyectarla sobre su entorno. La luz es ese “instante” que parece iluminarlo todo desde su fijación en un ser prodigioso y que parece concentrar en sí la eternidad; el instante eterno es un oxímoron, figura retórica cimental en el poemario; el instante eterno es el “instante sin límites” que abre la niña con sus gestos, su palabra, su mismo existir en el prodigio. Abandonar el instante luminoso es abocar al ser temporal que uno es, al tiempo de las pérdidas. Ese temor asoma de cuando en cuando y en el poema penúltimo, el tiempo acaba imponiéndose sobre el instante absoluto: el poeta (el que habla) se sabe desde el futuro recuerdo impreciso en la memoria ahora niña.

La figura del oxímoron nace de las oposiciones diseminadas en el texto. La principal es, quizá, luz-oscuridad, que aboca a expresiones contradictorias como “ciega llena de luz”, “confusión luminosa” o “ignorancia luminosa”. Esto quiere decir que no todo es luz, palabra con muy ricos matices tanto en este poemario como en la obra entera del escritor. Por un momento, el poeta parece salir de su ensimismamiento luminoso para constatar algunas sombras (“Yo vi los ojos de la tórtola enrojecidos por la ira”): son momentos de lucidez frente al candor de la “mentira luminosa” que oculta los rincones sombríos del vivir, acaso los del futuro sin candor: “de tus ojos cae un pétalo de sombra”.

Otro opuesto es el par cercanía-lejanía: “siento tus manos lejanas en mí”; origina también paradojas que expresan la imposibilidad de ser en otro: “Tus brazos se retiran en mí, pero yo huyo de mí en tus brazos”. Este par tiene que ver con los límites entre yo-tú que el instante luminoso parece fundir, pero que la lucidez acaba constatando: “Tú existes más allá de mis límites”. Tiene que ver también con las sensaciones de abandono y desaparición: “tu rostro ha abandonado mis sueños / y no te encuentro debajo de mis párpados”.

Pese a estos momentos de lúcida contemplación del ser milagroso, Cecilia, capaz de expandir el prodigio de su vida pujante entre quienes la rodean, en el poemario predomina una visión más serena y positiva que aquella a la que el poeta nos tiene acostumbrados; esta tonalidad sentimental positiva es quizá el rasgo más llamativo del poemario, porque en otros aspectos (léxico, fraseo, etc.) no se sale, como es lógico, de los parámetros estilísticos del Gamoneda habitual, consciente de lo que hoy significa ser poeta y volcado sobre su obra en un afán obsesivo de relectura y reescritura. Con los parámetros que han convertido a Gamoneda en un maestro, un maestro que ha sabido mantener su independencia desde su reclusión en la ciudad de provincias, mostrando que la universalidad puede alcanzarse, más que desde las triquiñuelas de grupo, desde el silencio creador y la lucidez reflexiva.

José Enrique Martínez Fernández